

**Universidad Nacional de Rosario**

**Facultad de Psicología**



**T.I.F.**

**ENSAYO**

**Seguridad en la incertidumbre**

*El papel del apego seguro en el desarrollo socioemocional infantil en contextos de vulnerabilidad psicosocial*

**2025**

**Autora:** Mujica, Rocio Vanesa - rociomujica2400@gmail.com

**Legajo:** M-6267/7

**D.N.I.:** 42.765.654

**Tutora:** Sabrina Romero Hechem

**Docente responsable:** Sara Gomez Carmana

## **Agradecimientos**

A mis padres y a mi hermana por ser los pilares de mi vida ofreciéndome amor y apoyo incondicional durante todos estos años. Gracias por enseñarme valores que hoy forman parte de lo que soy, no solo como profesional, sino también como persona.

A Romano, por creer en mí desde el primer día y ser sostén fundamental acompañándome siempre con amor y paciencia. Gracias por elegir caminar a mi lado y hacer este recorrido mucho más liviano.

A mis amigas, por ser refugio y fortaleza, por sostenerme en los momentos de mayor dificultad y celebrar cada logro como si fuese propio. Gracias por recordarme siempre quién soy por fuera de los libros.

A la Universidad Nacional de Rosario y a todos los y las que la componen, por su calidez humana y por haberme brindado una formación pública y gratuita haciendo que el sueño de la primera generación universitaria en una familia de trabajadores, hoy pueda cumplirse.

## Índice

<b>Resumen.....</b>	<b>4</b>
<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>Vulnerabilidad psicosocial: más allá de la pobreza material.....</b>	<b>7</b>
<b>Apego y vulnerabilidad en tensión: Criar en la pobreza.....</b>	<b>9</b>
<b>Tejer resiliencia: El Modelo Operativo Interno y la búsqueda de un entorno seguro.....</b>	<b>13</b>
<b>Conclusiones.....</b>	<b>16</b>
<b>Referencias bibliográficas.....</b>	<b>18</b>

## **Resumen.**

El presente Trabajo Integrador Final, aborda la relación entre la configuración de las pautas de apego infantil y los contextos de vulnerabilidad psicosocial, entendiendo a esta última como un fenómeno multidimensional que trasciende la carencia material. Partiendo de los desarrollos de John Bowlby y Mary Ainsworth, se analiza cómo el estrés crónico derivado de las coordenadas que propone el contexto, impacta en la sensibilidad de las figuras primarias de cuidado. En este sentido, el ensayo se propone confirmar la hipótesis de que el apego seguro, constituye un factor protector y recurso de resiliencia fundamental capaz de amortiguar los efectos de la adversidad estructural.

A través de un análisis crítico, se explora la plasticidad de los modelos operativos internos y la función de los tutores de resiliencia como farsantes de una base segura ampliada en el entorno comunitario. Se concluye estableciendo que el desarrollo saludable, no es un privilegio de los contextos ideales, sino una construcción artesanal y un derecho a ser sostenido por políticas públicas integrales. Finalmente, se posiciona la práctica del psicólogo como un acto ético y político, orientado a desarticular lecturas deterministas sobre la infancia, promoviendo la subjetivación incluso en escenarios de incertidumbre.

*Palabras clave: apego seguro - vulnerabilidad psicosocial - modelo operativo interno - resiliencia*

## **Introducción**

La pobreza se ha mantenido como un problema estructural persistente y creciente en los países latinoamericanos, impactando de forma significativa sobre la infancia. Particularmente en Argentina, según datos de UNICEF (2024), siete de cada diez niños viven en condiciones de pobreza. Esta situación implica no solo carencias materiales, como la falta de acceso a la alimentación, vivienda, salud y educación, sino también la influencia sobre la configuración vincular y las representaciones sobre uno mismo que condiciona sin duda alguna el desarrollo integral en las etapas tempranas de la vida.

La primera infancia constituye una fase vital en la estructuración del psiquismo y del desarrollo social, afectivo y cognitivo. En este sentido, los vínculos tempranos adquieren un papel central, ya que permiten la construcción de la subjetividad y la regulación emocional. De allí que frente al escenario de vulnerabilidad psicosocial, resulta inevitable preguntarse acerca de la incidencia de estas condiciones sobre la calidad del cuidado recibido y las respectivas implicancias que esto tiene en la constitución del apego y en la organización emocional del niño.

Numerosas investigaciones han establecido una asociación entre contextos de adversidad psicosocial y la configuración de pautas de apego inseguro, lo que a menudo se vincula con la emergencia de sintomatología psicopatológica o conductas disruptivas inaceptables socialmente. Sin embargo, esta relación estadísticamente significativa, no debe ser leída de forma determinista o lineal. Tal como lo señala Spangenberg (2019) en su investigación, el desarrollo infantil es un proceso complejo y multidimensional, en el que intervienen tanto factores biológicos como ambientales, y en el que ciertas experiencias vinculares pueden operar como factores protectores frente a condiciones adversas.

Es en este punto donde se inscribe el presente trabajo integrador final, cuyo objetivo es abordar críticamente la relación entre el apego infantil y los contextos de vulnerabilidad psicosocial, indagando especialmente en la posibilidad de que, incluso en entornos adversos, puedan constituirse vínculos significativos capaces de sostener un apego seguro. Esta configuración vincular, lejos de ser un privilegio exclusivo de contextos óptimos, se plantea aquí como una experiencia posible, cuya presencia puede constituir un indicador de salud mental y un recurso de resiliencia para el posterior desarrollo socioemocional.

El presente ensayo, se enmarca en la teoría del apego desarrollada por John Bowlby y Mary Ainsworth, y asimismo, toma conceptos como el de modelo operativo interno (Marrone, 2001) para poder ampliar la mirada hacia el modo en que los vínculos primarios configuran esquemas afectivos y cognitivos que acompañan al sujeto a lo largo

de su vida. En este sentido, el propósito de este trabajo es por tanto, contribuir a una comprensión compleja, ética y no patologizante de la infancia en contextos de vulnerabilidad, señalando que el desarrollo saludable no es exclusivo de contextos ideales -entendiendo por ello, aquellos escenarios caracterizados por una mayor estabilidad socioeconómica que garantiza la cobertura de las necesidades materiales- y que la construcción de un apego seguro puede ser una herramienta clave para sostener la subjetividad aún en escenarios de adversidad estructural.

## **Vulnerabilidad psicosocial: más allá de la pobreza material**

En nuestro presente histórico, caracterizado por otorgar un lugar central a los medios de comunicación, se advierte la consolidación de una labor ejercida por diversos núcleos de poder, orientada a normalizar el pensamiento y a homogeneizar los sentidos dentro de la sociedad. Esta función se sostiene, por ejemplo, mediante la implementación de estrategias discursivas que operan sobre los significados de conceptos clave como “desigualdad” y “pobreza”, otorgándoles un carácter performativo que los presenta como componentes intrínsecos de la estructura ontológica del ser humano. Se convierten en evidencias incuestionables, hechos naturales e inevitables que derivan consecuentemente de la lógica de acumulación capitalista (Álvarez Leguizamón, 2005, citado en Murillo) e incluso se configuran como elementos necesarios y funcionales para el mantenimiento del orden social, ya que operan como incentivo de producción y regulan las expectativas sociales. La puesta en juego de este tipo de mecanismos, alcanza un nivel de impacto tal que llega a legitimar y naturalizar el sufrimiento derivado del hambre, la precariedad y la desolación, ocultando las estructuras de poder y los procesos de exclusión que lo generan (Murillo, 1996)

Los resultados que derivan del análisis de la SITAN (situación socioeconómica de niños, niñas y adolescentes) en territorio arrojaron datos estadísticos de importancia, que permiten entender determinado perfil demográfico con sus caracterizaciones: el 29% de la población total Argentina, lo integran niños/as y adolescentes de entre 0 y 17 años, lo que se traduce en aproximadamente 12 millones de habitantes. El 51% de esta totalidad, vive bajo la línea de pobreza -es decir, residen en hogares cuyos ingresos no alcanzan para cubrir una canasta básica total- mientras que el 13,2% vive bajo la línea de indigencia o pobreza extrema, cifra que continúa aumentando (UNICEF, 2025). Con el propósito de deslindar y someter a análisis crítico estos sentidos consolidados y presentados como evidencias objetivas a través de datos numéricos, resulta indispensable, en primer lugar, considerar que la conceptualización y medición de la pobreza infantil requiere de un abordaje multidimensional y específico pensado desde una perspectiva de derechos. En este sentido, es necesario diferenciarla de la pobreza en general y ampliar su medición sin limitarla a la consideración del ingreso económico posibilitando así construir estrategias holísticas que respondan a las necesidades particulares de la infancia y la familia. En esa línea organismos internacionales como UNICEF, definen la pobreza infantil como:

*"La privación de recursos materiales, espirituales y emocionales que se presentan necesarios para sobrevivir, desarrollarse y prosperar, y cuya ausencia impide (a*

*los niños) disfrutar sus derechos, alcanzar su pleno potencial o participar como miembros plenos y en pie de igualdad en la sociedad" (UNICEF, 2005, p. 89).*

Tales desarrollos, enfatizan que la seguridad económica constituye sólo uno de los componentes de este fenómeno. Se incluyen además aspectos como el acceso a derechos económicos, sociales y culturales -a la educación, los servicios de salud, el saneamiento y la protección frente a riesgos sanitarios- sin dejar por fuera la consideración de otras dimensiones centrales como los recursos espirituales -entendidos como el sentido de vida, las expectativas personales, etc.- y los recursos emocionales -abarcando el amor, la confianza, los sentimientos de aceptación y la ausencia de situaciones abusivas-. Estas cuestiones, dan cuenta que la privación de estimulación social, cognitiva y nutricional durante la temprana infancia contiene efectos diferenciales en el desarrollo de las capacidades potenciales, evidenciando que existen necesidades trascendentales a la mera capacidad de adquisición de bienes materiales que requieren atención, y sobre todo la combinación de herramientas que involucren a distintos actores sociales, incluyendo tanto al Estado como a las organizaciones de la sociedad civil (Minujin et. al, 2013).

La posibilidad de adoptar una visión ampliada del concepto de pobreza, no reducida únicamente a lo material, permite aproximarnos a la noción de vulnerabilidad psicosocial. Consideramos como contexto vulnerable (Richaud de Minzi, 2016) a aquellos en los que niños y niñas se exponen a un alto nivel de riesgo, produciendo una vulnerabilidad tanto física como psicológica, producto de una combinación de eventos y procesos que se interponen como adversidad potencial. El estrés crónico en términos fisiológicos y la pobreza material y psicológica que generan los ambientes vulnerables, se combinan sinérgicamente convirtiéndose en factores amenazantes para el desarrollo saludable. Por eso mismo es preciso insistir en que de nada sirve preocuparse por la supervivencia material de la infancia si no somos capaces de velar por el desarrollo de sus potencialidades y la calidad de su vida futura. Al mismo tiempo, es importante subrayar que la vulnerabilidad no constituye una condición natural, sino que es producto de un proceso histórico, político y económico de vulnerabilización. Su configuración se expresa en políticas orientadas al vaciamiento de las pertenencias comunitarias, funcionales tanto al desmantelamiento político y económico del Estado como al quiebre de la sociedad salarial y a la pérdida del patrimonio nacional. Estas dinámicas se estructuran en un conjunto de estrategias biopolíticas que, junto con la precarización laboral y económica, la desafiliación y la crisis de los procesos identificatorios, dan lugar a complejos procesos subjetivos.

Con el auge de la economía capitalista se produjeron profundas transformaciones en la realidad socioeconómica, acompañadas por cambios culturales y por un proceso de

fragilización de las instituciones. La mercantilización de las relaciones sociales favoreció la instauración de un individualismo desregulado, desvinculado de los marcos colectivos, mientras que las posibilidades de inserción en el ámbito laboral y en instituciones de pertenencia se vieron notablemente restringidas. Estas formas de existencia dieron lugar a nuevos modos de padecimiento contemporáneo, en los que niños, niñas y adolescentes quedaron expuestos a situaciones de vulnerabilidad social y fragilidad psíquica (Barcalá, 2013). La pérdida de sentido que emerge de este escenario se manifiesta en sentimientos de culpa, parálisis de la iniciativa y apatía, generando un debilitamiento del accionar cotidiano y de los horizontes de progreso. De este modo, se configura un presente sin brújula, despojado de esperanzas colectivas y carente de la posibilidad de anclarse tanto en la memoria del pasado como en proyectos futuros capaces de organizar la experiencia (Fernández, 2005).

No obstante, lo esperanzador de esta realidad es que se trata de un fenómeno histórico-social y, por lo tanto, no está fijado de una vez y para siempre. En contextos de revuelta y transformación emergen formas de resistencia y de acción colectiva que propician nuevos modos de participación, reconstituyendo pertenencias y habilitando posicionamientos subjetivos de mayor autonomía. Aún así, más allá de la ventana de ilusión que ofrece la posibilidad de un cambio de posición colectiva frente al panorama que toca vivir, aparece la pregunta acerca de cómo resolver en el mientras tanto, sobre todo donde se involucran actores privilegiados como las infancias. A partir de ello, resulta indispensable considerar como las condiciones que el contexto ofrece constituyen un eje central para pensar la infancia y analizar las condiciones de posibilidad en las que se configuran los vínculos tempranos.

### **Apego y vulnerabilidad en tensión: Criar en la pobreza**

Abordar la crianza en contextos de vulnerabilidad psicosocial implica, necesariamente, reconocer que la función parental no se despliega en el vacío, sino en una trama de coordenadas socioeconómicas que pueden potenciar o fragilizar el cuidado. Tal como lo señala John Bowlby (1988) este ejercicio de parentalidad no es una respuesta instintiva y automática, sino un trabajo arduo que requiere de tiempo, energía y fundamentalmente una red de apoyo. Paradójicamente, en las sociedades contemporáneas donde la producción de bienes materiales y la eficacia mercantil prima sobre el cuidado humano, se tiende a ignorar la necesidad básica de proximidad y disponibilidad que, siguiendo las ideas de la teoría del apego, todo niño requiere para su desarrollo integral. Esta configuración global y contemporánea del mundo, impacta con mayor crudeza en los sectores vulnerabilizados donde la urgencia material compite constantemente con la disponibilidad emocional.

En esta línea los desarrollos de la teoría del apego, nos permiten comprender que las distintas pautas vinculares no constituyen un rasgo innato del niño sino que son resultado histórico de las interacciones con sus figuras de cuidado. Como seres humanos, nacemos con un sistema de conducta pre-programado cuyo fin es mantener la proximidad y accesibilidad con una figura de cuidado discriminada a los fines de obtener principalmente protección, consuelo y apoyo. En función de ello, Bowlby (1988) define al apego como “cualquier forma de conducta que tiene como resultado el logro o la conservación de la proximidad con otro individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentarse al mundo” (p. 40). Si bien esta organización de pautas adquiere mayor estabilidad hacia el final del primer año de vida, su activación no es privativa de la infancia. El sistema de apego persiste a lo largo del ciclo vital y puede ponerse en marcha aún en la adolescencia e incluso la adultez en ambos sexos, frente a situaciones de emergencia que suscitan sentimientos de desprotección, dolor, temor y fatiga. La búsqueda y provisión de cuidados, a contrapelo del sentido común, no se considera desde este cuerpo teórico un rasgo pueril o regresivo, sino un componente básico de la conducta humana, indicador importante del funcionamiento efectivo de la personalidad y la salud mental.

En el curso de desarrollo saludable, frente a las situaciones estresoras, el progenitor debería experimentar el impulso de comportarse de manera típica y en función de ello, proteger, alimentar y consolar al niño, estableciendo lo que Mary Ainsworth en 1967 describió como la exploración a partir de una base segura. Dicha base, permite que el niño se aventure al mundo exterior con certeza de que al regresar, será bien recibido, tranquilizado, reconfortado y alimentado física y emocionalmente. La posibilidad de configurar lo que desde esta teoría se denomina pauta de apego seguro, dependerá de que la figura de cuidado se muestre en un rol accesible y sensible a las señales que permitan prepararse para responder e intervenir activamente cuando se lo crea necesario. Este tipo de actitudes generan sentimientos de seguridad y bienestar que contribuyen al desarrollo vital saludable.

Para que todo esto suceda, Bowlby hace la aclaración de que es necesario el tiempo adecuado y una atmósfera relajada. Es en este punto donde la vulnerabilidad psicosocial introduce una tensión fundamental: ¿Qué sucede cuando la figura de apego está atravesada por la urgencia? Dentro de estos contextos, las condiciones mínimas necesarias para el éxito de la crianza se ven severamente amenazadas por estresores crónicos asociados al contexto de pobreza. La falta de recursos básicos, la estabilidad y el tiempo emocionalmente saludable pueden estar ausentes originando como consecuencia, un debilitamiento en la habilidad de los padres para responder con sensibilidad. Sin embargo, es también evidente que incluso cuando las condiciones

sociales y económicas son favorables, las relaciones mutuamente satisfactorias pueden no desarrollarse en el seno de la familia. Esto nos aproxima a una mirada crítica acerca de las visiones que abonan la hipótesis de que los contextos vulnerables, propician directamente la construcción de apegos inseguros. Es necesario considerar que la pobreza per se, no causa automáticamente una pauta de apego insegura o desorganizada, sino que lo hace indirectamente al elevar la preocupación en torno a la posibilidad de satisfacer las necesidades básicas familiares, contribuyendo a un aumento del estrés del cuidador y afectando en consecuencia su capacidad de respuesta efectiva a las necesidades del niño. Por lo tanto, el riesgo psicosocial no es inherente a la condición económica sino a cómo esta afecta al funcionamiento psicológico de los cuidadores (figuras de apego, según Bowlby) que ponen en marcha conductas de cuidado inconsistentes las cuales pueden actuar como facilitadoras de la constitución de pautas de apego inseguro.

Siguiendo a Bowlby en “Una Base Segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego” (1988) existen tres pautas principales de apego inseguro que se manifestarán en diferentes grados según cada caso. La primera de ellas denominada apego ansioso resistente o ambivalente, se fundamenta en la incertidumbre del individuo respecto a la disponibilidad y sensibilidad en su figura de cuidado. Esta inseguridad no es azarosa, sino que deriva de una trayectoria de interacciones marcada por la incoherencia donde el cuidador se muestra accesible y colaborador en determinadas instancias pero se torna crítico, reticente o emocionalmente distante en otras. En estos escenarios, no es infrecuente que la figura de apego utilice las amenazas de abandono o el chantaje emocional como mecanismos de control, lo que exacerba el estado de alerta en el niño. La marcada inconsistencia en la respuesta adulta, propicia una tendencia a la separación ansiosa donde el sujeto convive con un temor persistente ante la posibilidad de una nueva ruptura del lazo, lo que lo conduce a demandar constantes y desmedidas pruebas de aprobación, afecto y presencia. La complejidad de esta pauta propiamente dicha, reside precisamente en su carácter ambivalente; el niño por un lado se ve compelido a vigilar y aferrarse a una figura cuya incondicionalidad está puesta en duda pero paradójicamente, al lograr la proximidad, suele manifestar dificultades para aceptar el consuelo, mostrando resistencia al contacto o incapacidad para relajarse en el encuentro con el otro.

Por otro lado, en el marco del apego ansioso elusivo, frecuentemente denominado evitativo, el niño ha internalizado la experiencia de que no es posible contar con la protección de sus figuras de referencia, dado que estas se han mostrado crónicamente inaccesibles o distantes. Bajo esta lógica vincular, el infante comprende que sus demandas de cuidado y consuelo no obtendrán una respuesta servicial ni una validación

de su malestar, sino que por el contrario serán recibidas con frialdad, desaire o un rechazo emocional explícito ante cualquier intento de intimidad. Como consecuencia de ello, el sujeto desarrolla una estrategia de desactivación defensiva de su sistema de apego e intenta transitar la existencia prescindiendo del amor o sostén de los otros y esforzándose por construir una fachada de autonomía extrema y autosuficiencia emocional compulsiva. Si bien esa coraza le permite protegerse del dolor inmediato que le genera la indiferencia del cuidador, el intento de vivir sin depender afectivamente de nadie suele cristalizar en una estructura de personalidad que dificulta significativamente el establecimiento de vínculos profundos en la vida adulta. Al haber aprendido que la vulnerabilidad es peligrosa e inútil, encuentra serias limitaciones para confiar en la interdependencia afectiva y reconocer sus propias necesidades emocionales.

En último lugar, abordaremos el apego desorganizado, una categoría propuesta originalmente por Main y Solomon en 1986 para dar cuenta de aquellas formas de conducta que no lograban ser clasificadas dentro de las pautas tradicionales. Este estilo se caracteriza por una amalgama de respuestas que parecen ser una mezcla confusa de las pautas ambivalentes y elusivas, pero cuya nota distintiva es el colapso de una estrategia defensiva coherente. Por lo general, este tipo de apego emerge de contextos de extrema adversidad, tales como situaciones de abuso, maltrato o negligencia grave, donde la figura que debería representar la fuente de seguridad se convierte, simultáneamente, en la fuente de la amenaza o el temor. Dada la naturaleza traumática de este vínculo, las manifestaciones del niño presentan una gran heterogeneidad y se definen por una desorientación evidente donde se observan conductas estereotipadas, cambios de humor inesperados y comportamientos contradictorios que denotan la imposibilidad de organizar una respuesta eficaz ante el miedo. Este desborde de emociones desagradables y la falta de regulación emocional reflejan una fractura en el sistema de apego, donde el niño queda atrapado en un callejón sin salida biológico basado en el impulso instintivo de buscar protección en quien es al mismo tiempo, el generador de su pánico.

Llegados a este punto, resulta imperativo evitar las lecturas deterministas o estáticas de las pautas de apego descritas. Si bien estas organizaciones vinculares, tal como lo aclaramos anteriormente, tienden a persistir y estabilizarse a lo largo del ciclo vital, de ningún modo deben considerarse como estructuras inmodificables. La teoría del apego, enfatiza la naturaleza dinámica del sistema en tanto las pautas de apego se organizan manteniéndose abiertas a la modificación mediante la experiencia. La plasticidad con que se cuenta, contribuye a la posibilidad de que vayan modificándose las pautas de apego, y en función de ello virar hacia una pauta de mayor seguridad si las condiciones del entorno y la calidad de las interacciones logran transformarse.

Esta perspectiva de cambio permite introducir una necesaria mirada crítica que desarticule la visión culpabilizadora que históricamente ha recaído sobre las figuras de cuidado en situación de vulnerabilidad. La patologización del vínculo en sectores populares suele ignorar que muchas de las pautas calificadas como "inseguras" son, en realidad, respuestas adaptativas e incluso a veces, las únicas posibles frente a un medio hostil e imprevisible. Culpar al cuidador por una supuesta "falta de sensibilidad" sin cuestionar la precarización de las condiciones de vida que agotan sus recursos psíquicos, es incurrir en una simplificación que invisibiliza el sufrimiento social.

Por tanto, reconocer que la seguridad puede construirse incluso en la incertidumbre implica validar las capacidades de las familias para reorganizar sus formas de cuidado cuando aparece un sostén adecuado. La pauta de apego no es un destino prefijado, sino un proceso en constante movimiento. Es en la intersección entre la estabilidad de lo aprendido y la permeabilidad ante nuevas experiencias, donde encontraremos las claves para pensar de manera diferencial la salud mental en contextos de adversidad.

### **Tejer resiliencia: El Modelo Operativo Interno y la búsqueda de un entorno seguro**

Es necesario también indicar, que esta historia relacional temprana no se desvanece con el tiempo, sino que se cristaliza en un rasgo estable de la personalidad y un mecanismo de adaptación -o vulnerabilidad- ante el entorno por medio de un proceso de internalización. Para comprender este fenómeno, nos referiremos al concepto de Modelo Operativo Interno (MOI) o modelo interno activo (Bowlby, 1988) definido como una representación mental o esquema cognitivo que el niño construye tanto de sí mismo, como de sus vínculos y el mundo que lo rodea, basándose en las interacciones diarias y reales con sus figuras de apego. Lejos de ser recuerdos estáticos, los modelos operativos internos son estructuras dinámicas y organizadores mentales del intercambio personal. Configuran un conjunto de expectativas, ideas y valoraciones que determinan cómo una persona construye la realidad al mismo tiempo que interpreta y predice las acciones de los demás, condicionando lo que siente y cómo actúa en consecuencia. En este sentido, su función principal es operar como filtro de información a partir de la cual se organizan mentalmente los intercambios interpersonales, el pensamiento, el lenguaje, la historia personal y la regulación emocional permitiendo al sujeto mantener un estado de seguridad mental.

Puesto que estos modelos constituyen el mecanismo mediante el cual el pasado relacional organiza la experiencia actual, sus matices y cualidades varían drásticamente según la sensibilidad y responsividad experimentada en la infancia. La forma en que el cuidador responde a la predisposición biológica en el niño a buscar proximidad, configura las pautas de ese modelo operativo interno. Si la respuesta es esquiva o imprevisible, las coordenadas psíquicas construidas bajo la modalidad de apego inseguro, estará marcado por la desconfianza y necesidad de autosuficiencia. Esto propicia la internalización de una imagen del otro como inaccesible en momentos de amenaza o peligro y en simultáneo configura una imagen de sí mismo caracterizada por la sensación de ser alguien carente de valor, indigno de amor y cuidado. Como consecuencia, emergen sentimientos de inseguridad y angustia que vuelven al mundo un lugar solitario y poco esperanzador. Por este motivo, el aparato psíquico se esfuerza por tramitar esta información de manera distorsionada a los fines de preservar el lazo de apego a cualquier costo y para ello, borra o excluye de la conciencia el destrato por parte de los cuidadores, imponiendo la idea de que el rechazo no existe o que es culpa del niño en cuestión. Esta maniobra defensiva, permite sostener una imagen tolerable del cuidador posibilitando crear una imagen del mundo como un lugar en donde aún es posible encontrar una salida, aunque esto implique la fragmentación en la comunicación interna del sujeto. En contextos de vulnerabilidad psicosocial, la construcción de estos esquemas bajo un patrón de inseguridad vincular agrava la situación puesto que lleva a la persona al aislamiento y autosuficiencia compulsiva impidiendo el trabajo cooperativo lo cual exacerba el malestar inherente a las situaciones cotidianas. Al quedar el sujeto privado del amparo que ofrece lo colectivo, los desafíos diarios se vivencian con mayor carga de angustia. Aún así desde una perspectiva ética y no patologizante, debemos entender que estos esquemas, muchas veces se configuran como respuestas adaptativas a entornos que no garantizan estabilidad ni previsibilidad. La coraza defensiva que los sujetos logran crear, son las alternativas que encuentran para poder funcionar en un medio donde la fragilidad es leída como debilidad que pone en riesgo la subsistencia. En estas coordenadas, no permitirse ser vulnerable opera como imperativo de protección frente a una realidad percibida como hostil. Si bien estos modelos pueden tornarse eficaces para la supervivencia inmediata en la adversidad, tienden a volverse rígidos con el riesgo de continuar operando como mapa obsoleto en territorios nuevos, interpretando las señales de cuidado genuino como amenazas de rechazo o abandono. Aquí reside la importancia de plantear el dinamismo con el que cuentan estos esquemas, ya que si bien tienden a la estabilidad para dar coherencia al yo, no se comportan como una estructura cerrada, sino susceptible de modificarse.

La capacidad de reconfiguración de estos esquemas mentales, permite afirmar que la seguridad vincular puede emerger como posible aún en contextos de vulnerabilidad, y es ahí donde el MOI adquiere papel protagónico como recurso de resiliencia. Si la respuesta del cuidador principal es sensible y consistente, el apego logra funcionar como amortiguador biológico frente al estrés a partir del cual el niño internaliza un modelo operativo interno basado en la confianza. Configura una imagen de sí mismo como alguien valioso, digno de amor, merecedor de cuidados por haberse encontrado en una trama-relacional vincular que lo refleja cómo tal. De esa manera crea una imagen del otro como alguien confiable, disponible y accesible de quien espera que esté allí predeciblemente cuando lo necesite.

El niño que ha logrado configurar este modelo bajo una pauta de apego seguro, posee lo que Bowlby (1988) denomina base segura interna. Este recurso genera la creencia de que uno es capaz de influir constructivamente en el ambiente, contrarrestando la parálisis de la iniciativa y la apatía que sobrevienen como respuesta común a la exclusión. En este sentido, el MOI se torna factor protector, ya que permite procesar el estrés de las adversidades de manera regulada, o buscando activamente soluciones sociales. Este último punto es quizás, el más relevante para pensar la resiliencia en términos ampliados, trascendiendo lo individual para incluir la participación de otros actores. Nos introduce en la idea de que, si bien el modelo operativo interno se origina en la díada primaria, su naturaleza es de apertura hacia lo social. Como señala Boris Cyrulnik (2001) la resiliencia no es una capacidad intrínseca sino un proceso que se teje vincularmente a través de los tutores de resiliencia. En contextos de precarización, donde los recursos son escasos y en consecuencia las figuras de apego primaria pueden estar temporalmente desbordadas o no disponibles, el capital vincular es el recurso más valioso. En este sentido, el bienestar psíquico del niño depende en gran medida de la posibilidad de encontrar apoyo en el entorno extrafamiliar. De este modo, aquellos que a pesar de las carencias materiales, preservan las expectativas positivas sobre los demás, poseen la porosidad necesaria para vincularse con otras figuras de cuidado como referentes comunitarios, maestros, vecinos etc. que ocupan el lugar de tutores de resiliencia implícitos. Sin pretender reemplazar al cuidador primario, estos tutores ofrecen una experiencia vincular alternativa que otorga sostén, afectividad e incondicionalidad necesarios para proponerse como base segura ampliada convirtiéndose así en garantes del entorno seguro que permite al niño reescribir una historia diferente, desafiando las visiones deterministas de la pobreza y transformándolas en proyectos llenos de futuro, esperanza y posibilidades.

## **Conclusión.**

Al finalizar este recorrido, nos queda la certeza de que la vulnerabilidad psicosocial no es un destino escrito en piedra sino un escenario de tensiones donde el psiquismo lucha por encontrar sus propios anclajes. La hipótesis que motorizó este trabajo referida a la posibilidad de construir un apego seguro como factor protector en contextos de vulnerabilidad psicosocial ha podido ser confirmada como premisa teórica, a partir de desarticular la idea de que la seguridad vincular es un privilegio de la estabilidad económica. Por el contrario, el apego es una construcción artesanal que emerge en la cotidianeidad del cuidado, en el ofrecimiento de un punto de apoyo incluso allí donde la urgencia material parece devorarlo todo.

La validez de la afirmación propuesta, encuentra sustento fundamentalmente en la plasticidad del modelo operativo interno configurado bajo una pauta de apego seguro. En este sentido, cuando el cuidador logra sostener la sensibilidad y responsividad a pesar del asedio de la precariedad, ofrece al niño más que supervivencia. Es precisamente en este escenario de tensiones donde la persistencia de una respuesta sensible, aunque a veces pueda ser intermitente, marca la diferencia. Le otorga una base segura interna que funcionará como refugio y herramienta de navegación que perdurará incluso en la vida adulta, permitiendo al sujeto regular sus emociones, creer en su capacidad de agencia y fundamentalmente, mantenerse necesariamente permeable a la posibilidad de encontrarse con otros para la búsqueda de soluciones conjuntas. Por lo tanto, proteger los vínculos tempranos se torna una forma de resistencia, en la que apelamos a garantizar que aún en la incertidumbre cada niño cuente con un relato interno que le permita proyectar un futuro donde el deseo no esté hipotecado por la necesidad.

La seguridad en este sentido, funciona como un escudo invisible que impide que la carencia externa se transforme en una desolación interna irreversible. Más allá de este punto de vista, las afirmaciones aquí propuestas no dejan de lado la articulación a una visión ética y crítica en la que si bien sostiene al apego seguro como índice de salud mental dentro de los contextos de vulnerabilidad, no se piensa en torno a un optimismo ingenuo ni asociado a la creencia romántica de que “el amor todo lo cura”. Sería una irresponsabilidad teórica sugerir que el vínculo afectivo por sí solo, tiene el poder de anular los efectos devastadores de la carencia material y la violencia estructural. La resiliencia en términos comunitarios y el vínculo de apego, no debe ser utilizado como excusa biopolítica para romantizar la precariedad y seguir depositando sobre los hombres de las familias la total responsabilidad del desarrollo infantil. Despatologizar el vínculo dentro de estos contextos, no significa ignorar el sufrimiento sino dejar de mirar el defecto individual para hacer lugar a una visión más amplia y denunciar la falla del sistema.

La apuesta por una mirada crítica, busca habilitar una visión que exija políticas públicas integrales asociadas al acceso real a la salud, la educación, la infraestructura, pero también a espacios que fomenten el tejido de redes comunitarias con otros significativos dispuestos a involucrarse en la conformación del entorno seguro. Cuando el estado y la comunidad se asumen como corresponsables de la crianza, se genera una función de amparo ampliada en la que la salud mental, sobre todo infantil, deja de ser un asunto privado para convertirse en un termómetro de justicia social.

Desde esta perspectiva, adoptar una postura preventiva como profesionales psicólogos, implica un compromiso con lo contingente, es poner en marcha la capacidad de intervenir sobre el presente para abrir caminos hacia lo potencial, ofreciendo nuestra propia disponibilidad como herramienta de cambio, sabiendo que cada vínculo que logramos construir y fortalecer es agrietar el muro del determinismo social que condena a las niñeces de antemano. Por eso nuestro trabajo excede se convierte también en un acto ético y político, en el que tenemos la tarea de velar porque esa “seguridad interna” sea derecho de todos y no la fortuna de unos pocos.

## **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

- Bowlby, J. (2009). *Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego*. Buenos Aires, Argentina: Paidós. (Obra original publicada en 1988)
- Barcalá, Alejandra (2013). Sufrimiento psicosocial en la niñez: el desafío de las políticas en salud mental. *Revista Actualidad Psicológica*. Buenos Aires, Argentina: Actualidad Psicológica.
- Camps-Pons, S., Castillo-Garayoa, J. A., Cifre, I. (2014). Apego y psicopatología en adolescentes y jóvenes que han sufrido maltrato: implicaciones clínicas. *Clínica y salud*, 25(1), 67-74.
- Cryan, G. (2020). Transmisión intergeneracional de vínculos de apego en adolescentes violentos con alta vulnerabilidad psicosocial. *XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de Investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Investigación de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia*. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.
- Fernandez, Ana María (2005). Vulnerabilización de los jóvenes en Argentina: Política y Subjetividad. En *Revista Nómadas*. N° 23. Bogotá: Universidad Central.
- Marrone, M., Diamond, N., & Juri, L. (2001). *La teoría del apego: un enfoque actual*. Madrid: Psimática.
- Minujin, A., Capuano, A., & Llobet, V. (2013) El desafío de la pobreza infantil: hacia una reconceptualización y medición multidimensional. *Voces en el Fénix*. Recuperado de <https://www.vocesenelfenix.com>
- Pereira Peña, A., & Rodríguez Segura, M. (2021). *Patrones de apego y consumo problemático de pasta base en usuarios de la comunidad terapéutica Renace San Fernando* (Doctoral dissertation, Universidad Academia de Humanismo Cristiano).
- Richaud de Minzi, M. C. (2016). Vulnerabilidad social y desarrollo. *Pensar la niñez. Psicología del desarrollo desde una perspectiva americana*. Lima: Editora y Librería Jurídica Grijley EIRL.
- Rubio, J. L., y Puig, G. (2015). *Tutores de resiliencia: Dame un punto de apoyo y moveré mi mundo*. Editorial Gedisa.

Spangenberg, M. C. (2019). *Impacto de la pobreza y de la vulnerabilidad socio-familiar en el desarrollo cognitivo y emocional de los niños* (Doctoral dissertation).

UNICEF Argentina. (2025). *Análisis de la situación de la niñez y la adolescencia en Argentina: Resumen ejecutivo*. Buenos Aires: Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF).

UNICEF. (2005) Estado Mundial de la Infancia 2005: La Infancia Amenazada. Nueva York: UNICEF.

UNICEF (2024, marzo 12) - Aumentó la indigencia en la infancia: cada vez más chicas y chicos viven en la pobreza extrema (comunicado de prensa). Recuperado de <https://www.unicef.org/argentina/comunicados-prensa/aumento-indigencia-infancia>